



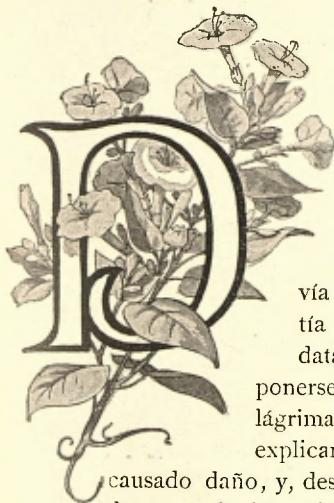
26.-15 MARZO 1900

HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



J. PAHISSA.—LA RIERA

TIA ROSARIO



IME, tía Rosario: ¿cómo es que siendo tan bonita no te has casado nunca?

La primera vez que, siendo todavía un chiquillo, dirigí esta pregunta á tía Rosario, recuerdo, como si la cosa datara de ayer, que vi su semblante ponerse muy pálido y sus ojos llenarse de lágrimas. Comprendí, instintivamente, sin explicarme la razón, que mis palabras habían causado daño, y, deseoso, en mi conciencia de muñeco, de repararlo inmediatamente, acudí al único recurso que tenía á mi disposición: — Anda, tiña, no llores... — exclamé echándome impetuosamente en sus brazos y cubriendo su rostro de besos. — ¿No sabes que te quiero mucho, muchísimo, más que á nadie?

Más tarde, á medida que iba creciendo y que mi imaginación se metía en averiguaciones, asaltóme con frecuencia la misma curiosidad: ¿por qué tía Rosario, que debió ser tan guapa cuando joven, que conservaba, en sus cuarenta y cinco bien cumplidos, agradables vestigios de su belleza, que era siempre tan amable, tan discreta, tan buena y tan rica, no se había casado como sus hermanas, como mi madre y tía Lola, como iban á hacerlo mi hermana Enriqueta y mi prima Paca? Eso de que ella se hubiese quedado solterona me parecía muy raro, y más aún habiendo averiguado, por murmuraciones recogidas acá y acullá, que á tía Rosario se le habían presentado pretendientes á docenas que ella desairó, rehusó constantemente, desoyendo ruegos é instancias, declarando su inquebrantable resolución de vivir como siempre viviera.

Y muchas veces se me vino la pregunta de antaño á los labios, pero sin atreverme á formularla, temeroso de lastimar el corazón de aquella buenísima parienta que fuera para mí una segunda madre, que tanto había cuidado y mimado mi infancia. Hasta que un día, cuando era ya un adolescente, casi un hombre, brotó de nuevo de mi boca aquella interrogación, arrancada por un impulso irresistible.

Fué al caer de una tarde de verano: nos hallábamos mi tía y yo en la sala baja de nuestra quinta, á donde habíamos ido á pasar la temporada estival. Los últimos rayos del sol poniente penetraban por la ventana abierta, junto á la cual estaba mi tía absorta en su labor de tapicería, poniendo como un nimbo de oro sobre la gentil cabeza cubierta de una espesa y rizada mata de pelo blanco como la nieve. Pero se conservaba tan puro el escultórico perfil de su rostro, era de un sonrosado tan suave y, por decirlo así, tan juvenil el cutis terso, sin arrugas; surgía además el busto tan bien contorneado y airoso, que, más que una dama jamona y encanecida, de nueve lustros cumplidos, creí ver la imagen animada de una de aquellas hermosas

y elegantísimas marquesas del siglo xviii, inmortalizadas por los pinceles de Wateau y de Boucher.

Durante algunos minutos la estuve contemplando, sin que ella se diera cuenta de mi examen. Por fin levantó los ojos y me dijo sonriendo:

— ¿En qué piensas, muchacho? Parece que estás como embobado.

— Pensaba, tiña, que cada vez me pareces más guapa.

— ¡Jesús! — exclamó ella entre asombrada y risueña. — ¿Piropos ahora?... Y ¡qué poco me figuraba yo tener un sobrino tan galante!

— Búrlate tanto como quieras, pero, la verdad, estás monísima así, con el sol que dora tus cabellos. Me gustaría ser pintor para retratarte, tal como estás en este momento: ya verías tú qué marquesa de Pompadour más hechicera saldría de mis pinceles.

— Eso. Y además podrías retratarte tú mismo á mi lado, en traje de abate, para completar el efecto.

Nos echamos á reir los dos, y luego, sin poder contenerme, solté la frase que constantemente bullía en mi cerebro:

— Vaya, tía Rosario, que cuanto más te miro menos me explico una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Pues que no hayas querido casarte.

Púsose, como la vez primera que hiciera tal pregunta, triste, muy triste, el semblante de mi tía. Y al punto me asaltó el remordimiento de mi ligereza.

— Perdóname, — exclamé cogiendo su cabeza entre mis manos y poniendo un beso en su frente; — perdóname... Soy un tonto, un imbécil, en decirte estas cosas.

— No, hijo mío, no: tu pregunta es muy natural. Y, puesto que te pica la curiosidad por saber el motivo de mi soltería, — añadió tía Rosario con melancólica sonrisa, — voy á explicártelo. Una vez, cuando niño, me preguntaste lo mismo; pero ahora eres ya un hombre y puedo contarte lo que entonces no hubieras comprendido.

* * *

Veinticinco años atrás (ya ves que te hablo de cosas antiguas) vivíamos mi pobre padre, que en gloria esté, mis dos hermanas, esto es, la que hoy es tu madre, tu tía Lola y yo en un pequeño lugar de la provincia de Zaragoza llamado Villadarsa, en donde llevábamos una existencia de las más precarias. Nuestra posición distaba entonces muchísimo de ser lo que es hoy. Tu abuelo era un humilde maestro de escuela, cuyos miserables haberes no habrían bastado á mantener á su familia, sin el suplemento que mis hermanas y yo aportábamos semanalmente con nuestros trabajos de costura. Con el esfuerzo de todos íbamos tirando; pero había temporadas fatales en que el trabajo faltaba por completo y, entonces, la miseria penetraba en nuestro pobre hogar. Las semanas, y hasta los

meses, se sucedían con el cortejo inevitable de cotidianos apuros, y más de una noche nos acostamos sin haber cenado más que un mendrugo de pan negro.

Mis hermanas eran verdaderamente hermosas; yo... pasadera; pero, como ya puedes comprender, no teníamos entre la juventud masculina del pueblo ningún partido. Claro: nos faltaba lo principal; nos faltaba el dinero; y harto se sabía en toda la comarca que, si las hijas del maestro eran guapas, no tenían en cambio donde caerse muertas. Esa circunstancia bastaba para alejar de nuestro lado á todo pretendiente aceptable. Verdad es que, si hubiésemos querido casarnos, pasando por todo, no nos faltara el medio. Más de un gañán, calculando que quien nada posee debe apearuchar con quien no tiene nada, se dignó solicitar nuestra mano; pero, como la perspectiva de un matrimonio semejante nos halagaba muy poco, preferíamos la de la soltería perpetua.

De esta suerte vivíamos resignadas á nuestro humildísimo destino, cuando estalló la guerra civil, que á la vuelta de algunos meses convirtió aquel nuestro tranquilo rincón, en punto estratégico, en donde las huestes de Don Carlos establecieron posiciones importantes, fortificándolas y artillándolas. Era para ellos Villadarsa un buen centro de operaciones, y á cada momento veíamos entrar y salir partidas que poco á poco engrosaban hasta convertirse en nutridos batallones. Cuanto á las tropas liberales, no vimos una sola en algo más de un año. Pero un día nuestra pacífica población escuchó durante largas horas el fragor de un combate empeñado á corta distancia: oyamos perfectamente el estruendo del cañón y las descargas de fusile-

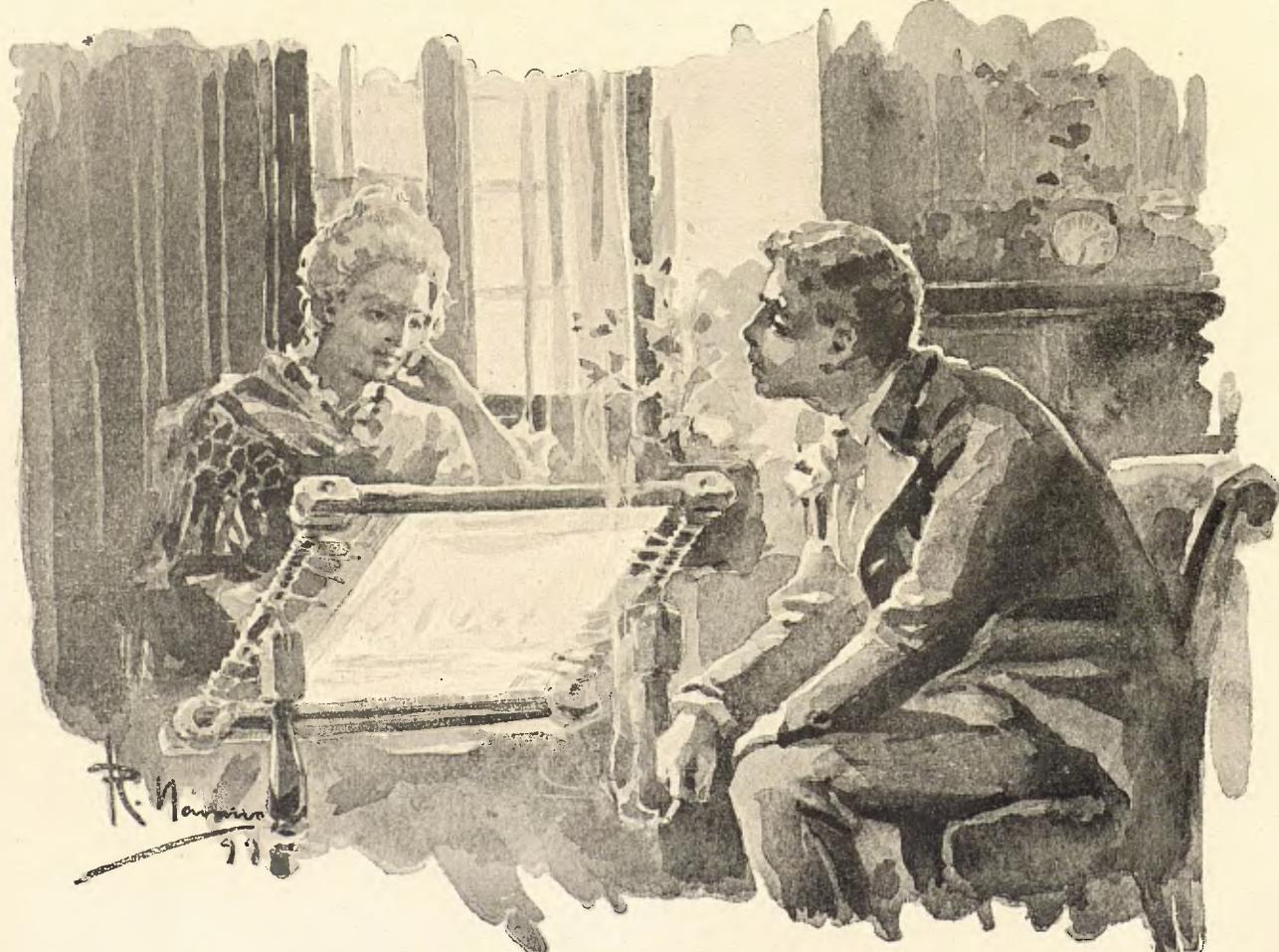
ría; desde la meseta en donde estaba enclavada la iglesia parroquial se veía, allá en el fondo del valle, una densa humareda blanquecina cruzada por un incesante relampaguedo.

Caía ya la noche, cuando llegaron á la desbandada los soldados carlistas: la batalla les había sido funesta, y, perseguidos de cerca por los liberales, atravesaban el pueblo en precipitada carrera y se perdían en los vecinos bosques. Tras los fugitivos vinieron los victoriosos, y, como la obscuridad imposibilitaba continuar la persecución, paráronse en aquel sitio y se alojaron en las casas del vecindario.

En la nuestra recibimos á un oficial de húsares y algunos soldados. El oficial, un joven alto, de rostro afezado y mirada enérgica, se excusó con mucha finura de la molestia que por las necesidades de la guerra se veía obligado á causarnos; molestia que, si á la verdad existía, no era nueva para nosotros, puesto que hacía largo tiempo teníamos alojados en casa. Y, que fueran carlistas ó fuesen liberales, lo mismo daba.

Al otro día salieron de nuevo á operaciones las tropas del gobierno. Pero, como el pueblo ofrecía una buena posición estratégica, el general dejó una pequeña guarnición para guardarlo y de la que formaba parte una sección de jinetes mandada por Luis. Luis,— añadió mi tía ruborizándose al recuerdo de este nombre,— era el oficial alojado en nuestra vivienda.

¿Qué te diré ahora, sobrino mío, sobre aquel idilio que la juventud y el amor hicieron nacer entre el gallardo militar y la pobre hija del maestro de escuela? Sólo puedo decirte que Luis se enamoró de mí y que fué ciegamente





correspondido. Á los quince días de conocernos, me juraba él que en concluyéndose la guerra sería mi esposo, y, como yo le objetase que mal negocio iba á hacer un oficial de brillante porvenir enlazándose con una lugareña que no poseía nada, contestóme: «No quiero por esposa más que á una mujer que yo ame y que me ame, y ésta la he encontrado ya. Dentro de poco seré capitán, y si la guerra se prolonga un poco, verás cómo me ascienden á comandante. Y con mi sueldo tendremos lo suficiente para vivir felices; no con lujo, pero sí con decoro. Y cuando más tarde seas tú toda una señora generala, no te digo nada...»

¡Pobre Luis mío! — murmuró tía Rosario con los ojos arrasados en lágrimas. — Recuerdo que me decía eso, una noche de invierno, al amor de la lumbre, en nuestra cocina. En aquel momento entró mi padre, que, al ver mi mano entre las manos de Luis, frunció el entrecejo mirándonos severamente. Pero mi novio, levantándose, fué á coger la diestra de mi padre y le dijo:

— Señor don Marcos: Rosario y yo nos amamos: ¿me quiere V. por yerno?

Aquella misma noche quedamos prometidos, y Luis, sacando de su dedo un sencillo aro de oro que había pertenecido á su madre, lo puso en el mío. Míralo... es este mismo... es mi anillo de desposorios... — exclamó tía Rosario con hondísima emoción, mostrándome la modesta e inapreciable joya que lucía en su anular.

Permaneció algunos momentos silenciosa, embargada la mente por el lejano, pero siempre vivo recuerdo. Luego prosiguió:

— Viví entonces, durante cinco ó seis semanas, el perido más dulce que Dios ha puesto en mi existencia. Luis y yo nos amábamos con delirio, y sólo turbaba nuestra dicha el inquieto temor de una brusca separación que las exigencias de la guerra podían imponernos de un momento á otro. Y á este temor se unía, por mi parte, él de que en una acción me hirieran, me mataran quizás, á mi prometido.

Una noche entró Luis en casa con el semblante ligeramente nublado.

— ¿Qué te pasa? — le pregunté temerosa.

— Nada; pero tengo que decirte algo que, aunque sea cosa muy corriente tratándose de un militar en campaña, va á desazonarte.

— ¿Partes acaso?... — murmuré estremecida.

— ¡Oh!... Por algunas horas solamente, á lo que presumo: acabo de recibir la orden de salir á la madrugada para hacer un reconocimiento, por esos campos con mis húsares. Ya ves tú que no tiene el lance nada de particular.

Y se echó á reir, para quitarme con su jovialidad el íntimo terror que me dominaba. Cuando él, después de pasar dos horas á mi lado, según su costumbre, se retiró

á su cuarto, me fuí yo al mío, pero pasé en vela y rezando el tiempo que nos separaba de la madrugada. Y cuando clareaba el alba y se disponía mi prometido á montar á caballo, me tenía á su lado para recibir su adiós... y un beso... el primero y el último que sus labios habían de posar en mi boca.

— ¿Murió? — pregunté con una emoción que nunca había sentido en mi alma.

Hizo un esfuerzo tía Rosario para reprimir el sollozo que burbujeaba en su garganta, y dijo con voz apagada:

— Á poco de haber salido los jinetes se oyeron dispa-

ros á corta distancia del pueblo, y una hora después los húsares conducían sobre un caballo el cadáver de su jefe, de mi Luis, con el corazón atravesado por una bala.

Cubrióse el rostro con las manos mi tía para ocultar el llanto que bañaba sus mejillas, y así estuvo largo rato, sin que yo me atreviera á interrumpir el desahogo de aquel dolor tan sagrado, tan viejo ya y aún tan vivo. Por fin levantó la cabeza y, mirándome con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, añadió:

— Ante aquel cuerpo exánime y cuya mirada vidriosa parecía clavarse en la mía, juré no pertenecer á ningún hombre, y ahí tienes, sobrino mío, por qué tía Rosario, que después, gracias á una herencia inesperada, pasó de la suma pobreza á la suma riqueza, ha querido permanecer soltera, fiel á su promesa y á su único amor.

JUAN BUSCÓN





EL ESPEJO

CUENTO JAPONÉS



uchísimo tiempo há, vivian tranquilos un hombre y su mujer, ambos jóvenes y con una hija, una chiquilla, á la cual los dos querian con toda el alma. No puedo deciros sus nombres, porque los he olvidado, pero el del lugar donde vivian era el de Matsuyama, en la provincia de Eclugo.

Pues sucedió que, siendo aún la niña una muñequilla hubo de ir el padre, por negocios, á la gran ciudad, capital del Japón. Estaba demasiado lejos la ciudad, para que madre e hija le acompañasen, y así marchóse solo, después de despedirse cariñosamente y de prometer que las traeria algún lindo presente.

Nunca habia ido la madre más allá de la próxima aldea, y así, no dejó de asustarse un tantico al pensar en las largas jornadas que habia de hacer su marido, á la par que se



enorgullecía, pensando que él sería el primer hombre de la comarca que habría estado en la gran ciudad en donde vivian el Rey y los más insignes señores, y en la que podian verse cosas tan bellas y curiosas.

Llegó, por fin, el dia en que el marido debía estar de vuelta; entonces le puso la madre á la niña sus mejores vestidos, y ella, á su vez, se engalanó con uno azul que sabia ser del gusto de aquél. Imaginad cuán alegre estaría la buena mujer al ver llegar á su hombre, sano y salvo, y cómo la pequeñina aplaudía con sus manecitas y reía alegremente, cuando vió los bonitos juguetes que su padre le había traído. Mucho hubo de contar él acerca de las admirables cosas que había visto en sus jornadas y en la ciudad misma.

«Te he traído una linda cosa — dijole á su mujer; — esto que llaman un espejo. Mirate en él y dime qué ves dentro.» Díole entonces una caja lisa y blanca, de madera, dentro de la que, al abrirla, encontró la esposa un objeto redondo de metal. Por un lado era blanco como



plata bruñida y adornado con figuras de pájaros y flores en relieve, y, por el opuesto, brillante cual el más terso cristal; y, al cogerlo, la mujer observó, con tanto deleite como asombro, que en su interior había un rostro feliz y sonriente, con partidos labios y chispeantes ojos.

«¿Qué ves?» de nuevo le preguntó su marido, contento al ver su asombro y gozoso por haberle probado que algo había aprendido, mientras estuvo fuera de casa. «Veo una linda mujer que me mira y que mueve los labios cual si hablase, y ¡cosa singular! lleva puesto un vestido azul exactamente como el mio.» — «Es claro, inocente criatura, puesto

que ves allá dentro tu propia imagen, — repuso el marido, orgulloso de saber algo que su esposa ignoraba. — Esta pieza redonda de metal se llama *un espejo*, y en la ciudad todo el mundo lo tiene, aunque nosotros no lo hubiésemos visto aquí todavía.»

Enamoróle á la mujer el presente, y por muchos días no se cansaba de mirarse en el espejo, porque como era la primera vez que veía y tenía un objeto



de esta clase, era también la primera vez que podía contemplar reflejada en la tersa superficie su propia cara. Juzgó pronto que cosa tan admirable era sobrado preciosa para usarla todos los días, por donde metió pronto de nuevo el espejo en su estuche y lo guardó cuidadosamente entre sus objetos de más precio.

Pasaron años, y marido y mujer siguieron viviendo felices. La alegría de su vida la tenían en su joven hija, la cual crecía siendo viva imagen de la madre y tan hacendosa y cariñosa, que cada día la amaban más sus padres. Recordando cómo se despertó su vanidad al contemplarse tan hermosa, ocultó la madre cuidadosamente el espejo ante el



temor de que, viéndose en él, apareciese en su hija el espíritu del orgullo. Nunca habló de esto, olvidólo el padre, y la hija creció tan sencilla como lo había sido su madre, y nada supo de su palmito, de sus gracias, ni tampoco del espejo que las hubiera reflejado.

Un día, empero, sobrevinole grande infortunio á esta dichosa familia. Enfermó la bondadosa madre, y aunque la hija no la dejó ni de día ni de noche, cuidándola con amoroso celo, fué empeorando, empeorando, perdiéronse las esperanzas de que curase y por fin

murió. Cuando comprendió que debía separarse pronto de su marido y de su hija, entrisciéose profundamente, apenándose por los que dejaba tras de sí y, muy especialmente, por su hijita. Llamóla y la dijo: «Hija mia de mi alma: bien sabes que estoy muy enferma: pronto moriré y os dejaré solos á tí y á tu padre, á quien tanto quiero. Cuando me hubiere marchado de este mundo, prométeme que mirarás este espejo todas las mañanas y todas las noches. En él me verás á mí y comprenderás que sigo vigilándote.» Al acabar

estas palabras, sacó el espejo del sitio donde se hallaba escondido y lo entregó á su hija. La muchacha, llorando, prometió verificarlo así, y la mujer, más tranquila y resignada, expiró poco después.

La obediente y respetuosa hija no olvidó jamás el encargo de su madre, y por consiguiente, mañana y tarde, sacaba el espejo del escondite y miraba en él ansiosamente. Allí contemplaba la viva

y sonriente visión de su difunta madre, no pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven como años antes. Referiale á esta imagen, por la noche, los sabores del día, y le pedía por la mañana su cariño y su protección constantes. Así vivió la niña, cual si la viese su madre, procurando agradar á ésta como lo había hecho en vida y evitando siempre todo lo que pudiese darla pena ó disgustarla. Su mayor regocijo se cifraba en poder mirar el espejo y decirle:

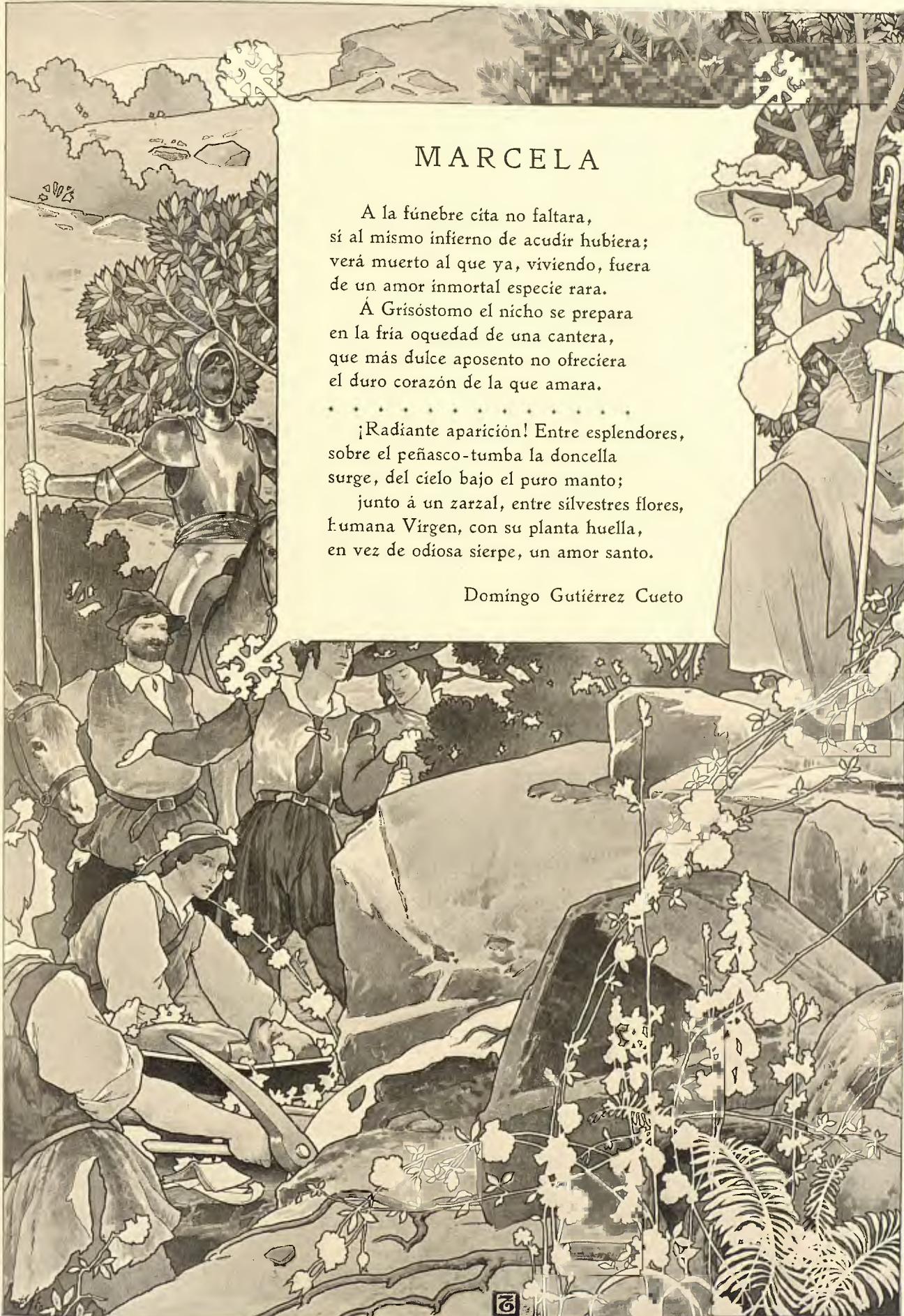


«Madre mía: he sido hoy lo que habrías querido que fuese.»

Viéndola cada mañana y cada noche cómo se miraba en el espejo y cómo trataba conversación con él, preguntóle su padre al fin la razón de tan extraña conducta. «Padre mío,— contestóle la niña,— míro todos los días el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella.» Refirióle en aquella ocasión cuál había sido el de-

seo de su madre moribunda y cómo ella no había dejado de cumplirlo un solo dia. Encantado ante tanta inocencia y tanto amor, derramó el buen padre lágrimas de cariño y de ternura, y se guardó bien de explicarle á la niña que la imagen del espejo era su propia risueña cara, que, por virtud de la simpatía y de los recuerdos, se parecía cada dia más á la de su difunta madre.





MARCELA

A la fúnebre cíta no faltara,
sí al mismo infierno de acudir hubiera;
verá muerto al que ya, viviendo, fuera
de un amor inmortal especie rara.

Á Grisóstomo el nicho se prepara
en la fría oquedad de una cantera,
que más dulce aposento no ofreciera
el duro corazón de la que amara.

• • • • •
¡Radiante aparición! Entre esplendores,
sobre el peñasco-tumba la doncella
surge, del cielo bajo el puro manto;
junto á un zarzal, entre silvestres flores,
humana Virgen, con su planta huella,
en vez de odiosa sierpe, un amor santo.

Domíngo Gutiérrez Cueto





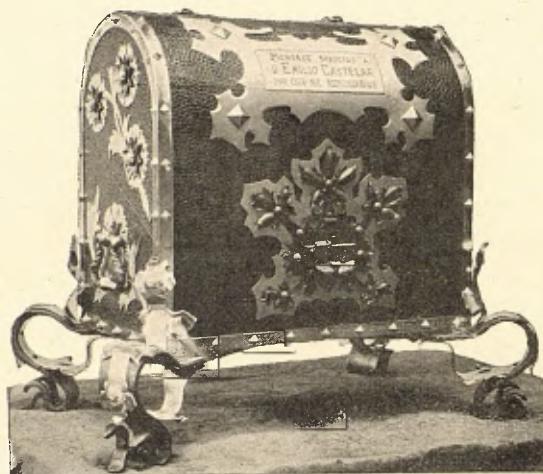
INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE BARCELONA

METALISTERÍA

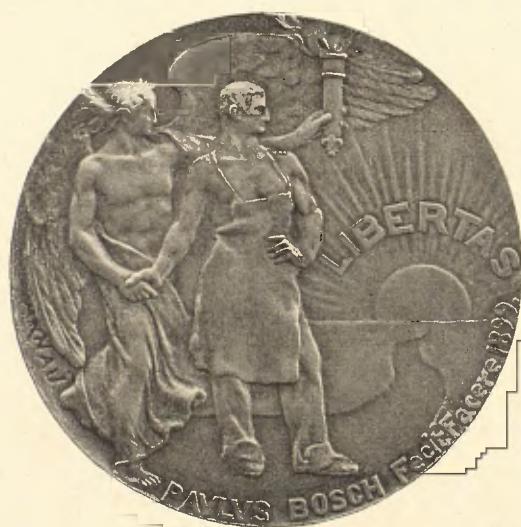
ARQUILLA DECORATIVA

La obra que reproducimos en estas páginas, honran al arte catalán por la inventiva que revela y por su delicada ejecución. Exteriormente cubierta de cuero, va adornada con aplicaciones de bronce, hierro y plata, ostentando la siguiente dedicatoria:

Mensaje á D. Emilio Castelar por cien mil republicanos.



MEDALLA PROYECTADA Y MODELADA POR DON EUSEBIO ARNAU Y FUNDIDA EN LOS ACREDITADOS TALLERES DE LOS SRES. MASRIERA Y CAMPINS



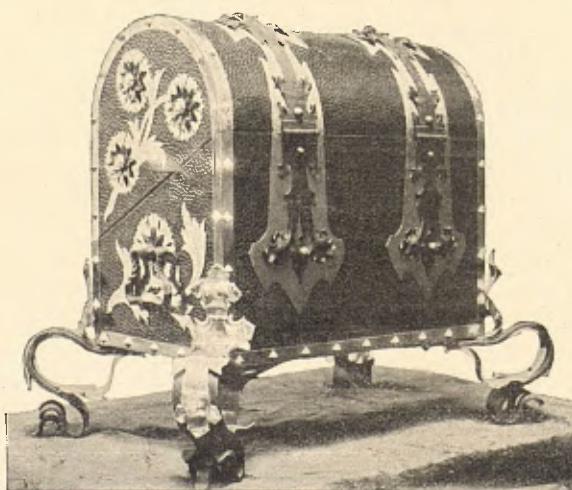
La medalla es del tamaño llamado *commemorativo*. En el anverso aparece de perfil el retrato de Castelar con la inscripción *Æmilio Castelar, obiit XXV Maj MDCCCXCIX*; en el reverso hay dos figuras, una representando el *Genio de la Elocuencia* sosteniendo en la mano izquierda una antorcha y estrechando con la diestra la de un obrero forjador. Al fondo, vese el sol que surge de las tinieblas y circundado de rayos, sobre los cuales se lee *Libertas*. Bajo los pies de las figuras, en caracteres romanos, como todos los de las inscripciones de esta medalla hay esta otra leyenda:



Pavlus Bosch, fecit fecere 1899, en números latinos. Las figuras del reverso están muy bien modeladas, y su dibujo es correcto y robusto. El retrato de Castelar es de un gran parecido.

Esta medalla, por la forma en que fué ejecutada, tiene el aspecto de un bajo relieve, y fué fundida, no acuñada, como se hacía en el siglo XVI por los grandes medallistas.

Este procedimiento de la fundición, seguido entre otros por los Leoni (padre é hijo) Cellini y J. Trezzo, tiene la ventaja de dar á cada medalla el valor de una prueba de artista, pues es indispensable el retoque en cada ejemplar.





OBRAS COMPLETAS
DE
PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- | | |
|--|------------------------------|
| 1. Los hombres de pro, | 8. Bocetos al temple. |
| <i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto... | 9. Sotileza. |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera. | 10. El sabor de la tierruca. |
| 4. De tal palo, tal astilla. | 11. La puchera. |
| 5. Escenas montañesas. | 12. La Montálvez. |
| 6. Tipos y paisajes. | 13. Pedro Sánchez. |
| 7. Esbozos y rasguños. | 14. Nubes de estío. |
| | 15. Peñas arriba. |
| | 16. Al primer vuelo. |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.^o, 3 pesetas*
TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.^o, 5 pesetas*
DISCURSOS

leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. *Un tomo en 8.^o, 2 pesetas*



JIMENEZ & LAMOTHE

OLD BRANDY COGNAC PURO DE VINO



MALAGA MANZANARES

DE VENTA EN TODAS PARTES





Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ... ¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese
granuja sin necesidad de echarle el guante!